

La teoría lockeana de las sensaciones en Montesquieu

Montesquieu refleja tal incapacidad de su época en una de sus reflexiones privadas. Después de una exposición relativamente extensa sobre la fisiología de las sensaciones y de los fenómenos psicológicos a partir del sensismo lockeano, se pregunta con cierta perplejidad ante tal precisión material: «Pero, si lo que acabo de decir es cierto, ¿por qué las bestias no razonan como los hombres?»¹⁴

Nuestro presidente, como la mayor parte de los pensadores avanzados de su siglo, se inclina, desde el punto de vista epistemológico, por las premisas lockeanas de que todo conocimiento proviene de la sensación. Son las sensaciones las que nos permiten el conocimiento de la realidad, sin mediación alguna de principios oscuros a los que acaba remitiendo el innatismo.

«Les bouts des fibres de notre cerveau reçoivent un petit ébranlement, qui produit un chatouillement ou sentiment en nous. Cela suffit pour expliquer tout»,

afirma Montesquieu¹⁵. Continúa razonando en el mismo fragmento de sus cuadernos privados sobre el proceso que, originado a partir de esas sensaciones, desemboca en la abstracción: de la visión de un cuadrado se llegará al pensamiento abstracto de la cuadratura; de la visión de un círculo se desprenderá, a través de un complejo proceso mental, la idea de redondez. En definitiva, no son los universales conceptos absolutos innatos en nuestra mente, sino precisamente lo contrario: se trataría de conceptualizaciones relativas que la razón elabora a partir de la percepción sensorial de los objetos exteriores:

«Les termes de beau, de bon, de noble, de grand, de parfait, sont des attributs des objets, lesquels sont relatifs aux êtres qui les considerent. Il faut bien se mettre ce principe dans la tête: il est l'éponge de la plupart des préjugés»¹⁶.

Ese ha sido el fallo capital de la filosofía antigua, tanto de la física de Aristóteles como de la metafísica de Platón; en los mismos sofismas cayó también Malebranche, concluye Montesquieu. El relativismo de nuestros conocimientos, muy en la línea de Locke y de Newton, es una clave para no desviarse por los caminos de una metafísica esencialista:

«Quand on dit qu'il n'y a point de qualité absolue, cela ne veut point dire qu'il n'y en a point, mais qu'il n'y en a point *pour nous*, et que notre esprit ne peut pas les déterminer» (subrayado nuestro)¹⁷.

La realidad exterior permanece en su inmutabilidad absoluta, pero el conocimiento

¹⁴ «Pensées», 2064. En *Oeuvres complètes de Montesquieu*, Ed. R. Caillois Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, 2 vols., vol. I, pág. 1538.

¹⁵ «Pensées», 2064, Pléiade, I, pág. 1537.

¹⁶ «Pensées», 2062, *ibidem*, pág. 1537.

¹⁷ «Pensées», 2063, *ibidem*, pág. 1537.

humano, como habían enseñado Locke y Newton, debe limitarse a aquello de lo que puede tener constancia a partir de la percepción sensorial y de la aplicación de un método experimental. En otras palabras, se trata de averiguar las leyes por las que se rigen los fenómenos; se trata de pasar de una metafísica «que seduce a los perezosos por su facilidad y a los vanidosos por su ambición explicativa de las grandes cosas»¹⁸, al punto de vista gnoseológico o de una teoría del conocimiento.

Psicología atomista y el problema de los ciegos de nacimiento

Pero ya se ha visto que el propio Montesquieu registra la insuficiencia del sensualismo mecanicista para explicar el origen y proceso del conocer. No sólo se trata del problema de que las bestias no razonan como los hombres, recibiendo, sin embargo, como todo ser vivo, los estímulos sensoriales del exterior, sino que el propio proceso de aprehensión por los sentidos del hombre de tal exterioridad es difícil de explicar. Si la mente humana es un papel en blanco, ¿cómo escriben sobre ella los sentidos? ¿Uno a uno, paulatina y analíticamente, como pretenderá posteriormente Condillac?¹⁹. Porque parece evidente que, aun suponiendo una cierta igualdad y simultaneidad aparente de todos los sentidos en tal escritura, ésta puede ser analizada y descompuesta en su proceso, como corresponde defender a una psicología atomista, producto de una «alianza impura de Newton y Locke»²⁰, que explica la mente como un mosaico de «sensaciones» e «ideas» ligadas entre ellas por las leyes de la asociación, como enlaces que cumplen un papel similar al del principio de atracción en física.

Esta concepción atomística de las facultades sensoriales, unida a un consecuente método analítico, según el cual se parte de un fenómeno, se descompone en sus partes integrantes y se reconstruye luego sistemáticamente, explica el interés de la Ilustración por el problema de los ciegos de nacimiento. En principio, parecería que el conocimiento del mundo exterior penetra en la mente, en una primera aproximación, por el sentido de la vista. Se trataría, por tanto, de reconstruir paso a paso las formaciones de las imágenes mentales a partir de la percepción visual: la mejor experimentación para esta reconstrucción posible la brindaría un ciego de nacimiento que pudiese recuperar la vista ya de adulto. Este fue el sentido de la célebre operación de Réaumur en 1749, que provocó las iras de Diderot al darse cuenta que el sabio naturalista hacía trampa con sus amigos, pues la verdadera operación la había hecho

¹⁸ «Pensées», 2060, *ibidem*, pág. 1536.

¹⁹ CONDILLAC, E.: *Traité des Sensations*. Chez de Bure L'ainé, Londres, 1754, 2 vols. «J'avertis donc qu'il est très important de se mettre exactement à la place de la Statue (...) Il faut commencer d'exister avec elle, n'avoir qu'un seul sens, quand elle n'en a qu'un...». *Avertissement*, vol. I, págs. III-IV. «Nous devons conclure qu'avec un seul sens l'entendement a autant de facultés, qu'avec les cinq révais. Nous verrons que celles qui paroissent nous être particulières, ne sont que ces mêmes facultés, qui s'appliquant à un plus grand nombre d'objets, se développer davantage». «Première partie», chap. VII, parag. 2, *op. cit.*, vol. I, pág. 127. *Ibidem* en «Quatrième partie», chap. VIII, parag. 3, *op. cit.*, vol. II, págs. 263-264.

²⁰ KOYRÉ, A.: «Sens et portée de la synthèse newtonienne», *op. cit.*, pág. 42.

ya anteriormente en secreto para Mme. Dupré²¹. Montesquieu mismo se había ocupado anteriormente de este tema. En sus cuadernos privados²² relata la experiencia de un ciego de nacimiento que recobra la vista después de ser operado de cataratas por M. Cheselden y cree que los objetos deben tocar sus ojos, como tocan su pies; no puede reconocer los objetos visualmente más que después de haberlos tocado. Montesquieu llega a la conclusión que sólo por observaciones reiteradas desde la infancia, se llega a diferenciar sonidos, distancias, etc. Ni el tacto por sí solo, ni la vista por sí sola, pueden proporcionar al hombre una idea justa de las cosas. Son de ambos sentidos de los que el alma extrae el conocimiento del mundo externo²³. El alma es, pues,

«Une philosophe qui commence à s'instruire, qui apprend à juger de ses sens mêmes et de la nature des avertissements qu'ils doivent lui donner»²⁴.

«Los sentidos —escribe ya en *Cartas persas*— deben ser los únicos jueces que juzguen sobre la pureza o impureza de las cosas»²⁵.

Así pues, el alma recibe una sensación e inmediatamente juzga sobre ella, añade, corrige, regula un sentido por otro y, sobre lo que estos sentidos le dicen, aprende lo que le han querido decir.

«L'âme ayant formé ces jugements naturels, elle forme de même tous ceux qu'elle peut faire avec la même facilité, et qui sont tels, la plupart, qu'elle ne peut s'empêcher de les former. Elle voit un carré: elle ne le voit pas tout seul, mais d'autres choses. Les voyant toutes ensemble elle peut les comparer...»²⁶.

He aquí cómo las sensaciones y las leyes de la asociación forman en la mente las imágenes del mundo real. Después de haber visto cuadrados en un cierto espacio, podrá creer que también los hay en otros espacios diferentes; verá, por tanto, todos los cuadrados posibles y cuando se acostumbre a considerar esos cuadrados no colocados en un sitio determinado, accederá a la idea del cuadrado en general. Y lo mismo ocurrirá con todas las demás concepciones generales. Se trata de juicios naturales, de intuiciones y percepciones que el alma no se daría cuenta ni siquiera que las conoce, porque no se aprenden por reflexión.

²¹ DIDEROT, D.: «Lettre sur les Aveugles à l'usage de ceux qui voient», en *Oeuvres*, Pléiade, pág. 811.

²² «Pensées», 2065, Pléiade, I, págs. 1538-1540. El mismo problema preocupa a BUFFON: «Histoire naturelle générale y particulière avec la description du Cabinet du Roi», *Oeuvres philosophiques*, Ed. J. Piveteau, P.U.F., pág. 309-A, París, 1954.

²³ Sobre la polémica en el siglo XVIII respecto a si es la vista o el tacto el sentido principal, desarrollada especialmente entre Diderot y Condillac, ver BRÉHIER, E.: «Historia de la filosofía», *op. cit.*, vol. II, págs. 340-342. GUSDORF, G.: *Introduction aux sciences humaines*. Faculté des Lettres de l'Université de Strasbourg, París, 1960, págs. 175-179. Respecto a la querrela entre Condillac y Buffon y el tema de la prioridad en la imagen de la estatua que se va animando según recibe las impresiones sensoriales. ver PIVETEAU, J.: «Introduction à l'oeuvre philosophique de Buffon», en *Oeuvres philosophiques*, *op. cit.*, págs. XXV-XXVI.

²⁴ «Pensées», 2065, Pléiade, I, pág. 1539.

²⁵ *Lettres Persanes*, XVII, Pléiade, I, pág. 156.

²⁶ «Pensées», 2065, *ibidem*, pág. 1539.

«Les objets extérieurs donnent à l'âme des sensations», afirma igualmente en sus «Essais sur les causes qui peuvent affecter les esprits et les caractères», donde la teoría sensualista del conocimiento está claramente explícita.

«Une idée n'est donc qu'un sentiment que l'on a à l'occasion d'une sensation qu'on a eue, une situation présente à l'occasion d'une situation passée.»

Cuando, por medio de los sentidos, el alma ha sentido un dolor, la irritación ha ejercido una presión en el origen del nervio como fuerte ha sido la irritación. El alma,

«qui a la faculté de faire passer les esprits ou elle veut (comme l'expérience de tous les mouvements volontaires le faut voir)»,

retiene el recuerdo y lo puede, por así decir, hacerlo revivir en otros momentos y por diferentes causas. Pero,

«ce nouveau sentiment n'est qu'une idée ou représentation, puisque l'âme sent bien que ce n'est pas la sensation même (...) *Les perceptions, les idées, la mémoire, c'est toujours la même opération, qui vient de la seule faculté que l'âme a de sentir...*» (Subrayado nuestro) ²⁷.

De ahí que la rigidez o flexibilidad de las fibras del cerebro repercute en el propio carácter y reacción de los hombres de los diferentes pueblos. Pero, dado que, a su vez, esa estructura fibrilar es afectada en mayor o menor grado por el medio ambiente, especialmente por el clima ²⁸, la explicación fisiológica de las funciones psíquicas acerca de Montesquieu a posiciones materialistas que hacen recordar a Shackleton el lenguaje de La Mettrie en su giro materialista de las ideas de Locke ²⁹. Las opiniones e incluso la mayor o menor sensibilidad están ligadas a esos movimientos fibrilares ³⁰ y en el terreno artístico la dependencia fisiológica es básica ³¹. En definitiva, el alma está en el cuerpo, según Montesquieu, como una araña en su tela ³².

Sensualismo e imagen mecánica de la naturaleza. El «grado cero»

La teoría sensualista lockeana supone, por tanto, no sólo una determinada estructura epistemológica, sino también una imagen de la naturaleza física y de la naturaleza humana muy características. Estas sólo pueden ser aprehendidas a través

²⁷ *Essai sur les causes qui peuvent affecter les esprits et les caractères*, Pléiade, II, págs. 41-42.

²⁸ IGLESIAS, M. C.: «Montesquieu, política y ciencia natural». Alianza Universidad, *vid.* cap. IV, Madrid, 1983 (en prensa).

²⁹ SHACKLETON, R.: *Montesquieu. A Critical Biography*, Oxford University Press, 1961, pág. 315.

³⁰ *Lettres Persanes*. LXXV, Pléiade, I, pág. 245. «Essai sur les causes», *op. cit.*, Pléiade, II, pág. 47, nota b) y pág. 48.

³¹ *Essai sur le goût dans les choses de la nature et de l'art*. Pléiade, II, pág. 1249.

³² «Essai sur les causes...», *op. cit.*, Pléiade, II, pág. 49. (Sobre este tema específico de la araña en su tela, *vid. Montesquieu, política y ciencia natural, op. cit.*, cap. IV, epígrafe V).